

fechaba su conversión desde el primer día que vió á la Madre de Chantal, y que vino á ser desde este momento el amigo, el consejero, el protector poderoso y tan afecto á la Visitación, que desde ahora el nombre de nuestro buen Comendador se encontrará en todas las cartas de la santa Madre de Chantal, y en todas las páginas de su historia; el Sr. de Marillac, el guarda sellos, más célebre aún por su piedad y buenas obras que por sus talentos, y que no quería tan absolutamente á las Carmelitas, que no se le viese muy á menudo en la Visitación; el Padre Binet, en fin, religioso de gran virtud, el cual no quiso abandonar á las religiosas durante la peste, y que, saliendo de una conversación con la Madre de Chantal, decía como fuera de sí: «La pureza de amor de esta Santa me arrebató completamente;» por último, una porción de sacerdotes y seglares, cuyos nombres encontraremos después, y que van á ser los auxiliares de la santa Madre de Chantal en la fundación de sus monasterios.

Los claustros mismos se conmovieron, y las religiosas más fervorosas escribieron á la venerable Madre, para entablar con ella una santa amistad, pedirla consejos y rogarla viniese á visitar sus monasterios y reanimar en ellos la observancia. Pero ninguna se prendó con más vivo entusiasmo de la Madre de Chantal, que la Madre Angélica de Arnauld; y la historia de las relaciones de la Fundadora de la Visitación y de la Abadesa de Port-Royal, es muy célebre para dejarla olvidada.

El mismo San Francisco de Sales había unido estas dos almas tan dignas, diríamos, una de otra, si la segunda no hubiera desmentido después las esperanzas que entonces hacía concebir. En el momento en que el Santo Obispo de Ginebra vino á París en 1619, la Madre Angélica estaba en el período más brillante de su vida. Abadesa á los catorce años, apenas llegó á los diecisiete

cuando emprendió la reforma de su abadía, y la consiguió con un éxito imposible de esperar. La casa era una escuela de fe, de regularidad y de fervor. Victoriosa de terribles dificultades, en medio de las cuales había desplegado un valor varonil; rodeada desde entonces de una gloria precoz, emprendía á los veintiocho años otra reforma más difícil aún, la de la abadía de Maubuisson. No menos ocupada, por otra parte, en reformarse á sí misma, naturalmente altiva, ansiosa de sacrificios, buscando directores, no escuchando más que á los que eran de su dictamen, y con razón, porque le tenía entonces bueno, y mucho mejor que lo general; inquieta, no obstante, con este método, porque era guiarse á sí misma, apenas supo la llegada de San Francisco de Sales á París, cuando quiso verle. Lo consiguió en Maubuisson, y le sucedió lo que sucedía á todo el mundo: quedó encantada de él; pero lo más raro es que no la sedujo la dulzura del Santo, sino su firmeza. Era la primera vez que encontraba un hombre que se apoderaba de su alma, y que aplaudiendo sus proyectos, la gobernaba. Así fué grande su entusiasmo; le descubrió su corazón, hizo con él confesión general, le tuvo una vez nueve días seguidos en Maubuisson, le hizo volver cuantas veces pudo, y cuando se fué, principió una correspondencia que no se ha publicado con bastante cuidado, pero que junta con las cartas del Santo Obispo y de la Madre de Chantal, debe servir para eterna instrucción de directores (1). Es menester ver con qué arte tan profundo analiza el Santo Obispo aquel corazón extraordinario, atormentado con el afán de cosas grandes; aquella alma siempre inquieta por saber si pertenece á la clase de las almas elevadas ó viles; tan pronto llena de indignación á vista del mal, como propensa á la burla, á la

(1) Todos los documentos de esta correspondencia se encuentran fácilmente. En Annecy hay muchas cartas inéditas de San Francisco de Sales á la Madre Angélica.

zumba y á la cólera, entre las boberías, niñerías é imperfecciones femeninas de sus Hermanas, de suyo sumamente impresionables; tan ansiosa de sacrificios, tan impaciente de perfección. ¡Con qué dulzura va San Francisco de Sales calmando poco á poco en esta alma el fervor de penitencias corporales, de austeridades excesivas que la devora! ¡Cómo la enseña á emplear todas sus fuerzas en la corrección de sus defectos! ¡Con qué tacto la hace conocer que si Dios la ha llamado á una vocación extraordinaria, el camino por donde debe llegar á ella no es extraordinario; que sólo lo conseguirá por medio de una tranquila, dulce y fuerte humildad; que esta humildad, este desprecio de sí misma deben practicarse dulce, tranquila y suavemente, y principalmente con gozo y alegría! ¡Qué sensatez, en fin, para enseñarla á mantener en su alma la dulzura y la tranquilidad, haciéndosela practicar primero en los ejercicios diarios y comunes, haciendo todas sus acciones de andar, levantarse, sentarse, acostarse, comer, etc., etcétera, despacio y con sosiego! «Ya veréis—añade—cómo en tres ó cuatro años, si sois fiel en hacerlo así, arregláis enteramente esa viveza tan súbita (1).»

Algunos meses pasados bajo esta dirección, obraron un gran cambio en el alma de la Madre Angélica; la hicieron ver horizontes que ni aun sospechaba, y la prepararon á progresar maravillosamente. «Si este Santo hombre—escribía después—se hubiese quedado en Francia, creo que hubiera sacado mucho provecho de su santa dirección.» ¡Ay! no debía quedarse, y de las manos del dulce y sabio Obispo de Ginebra iba á caer, impaciente y altiva, en las de un insensato é imprudente.

Si la Madre Angélica gustó tanto de San Francisco

(1) Cartas del 25 de Junio, del 12 de Septiembre y del 16 de Diciembre de 1619, y del 4 de Febrero y del 14 de Mayo de 1620.

de Sales, se enamoró completamente de la Madre de Chantal en cuanto la conoció. Esta incomparable mujer estaba formada, en efecto, para agradarla. Más joven que nuestra Santa, pues tenía diecinueve años menos que ella, la Madre Angélica la tomó por maestra y directora de su alma. Tenemos algunas cartas suyas dirigidas á la Madre de Chantal, que son verdaderas confesiones llenas de la más tierna humildad y en las que la confiesa su orgullo, su cólera imperiosa, su inclinación á la burla, al desprecio; la impaciencia y el ardor que no sabe contener, ni aun escribiendo á la Santa; una viveza exterior y una prontitud que hace que no ande, sino que corra, de lo cual, por otra parte, no se arrepiente, porque le ha parecido que esto no disgusta á la Santa; un cierto amor propio, que la hace sentir un dolor extremado en cuanto se la contradice; y, en fin, en cada página lo que llama su indiscreción y su arrogancia ordinaria: y en medio de estos defectos ¡ay! muy reales, pero que entonces combatía con energía, una voluntad tan fuerte, que no podía serlo más; una rectitud de alma, un candor, una sed de humildad y de obediencia, y mil rasgos, en fin, del más vivo entusiasmo por el bien (1).

Poco á poco, con el trato de los dos Santos fundadores, la Madre Angélica sintió nacer en su corazón un deseo, que por sí solo es bastante para dar testimonio de su grandeza de alma: era éste dejar su báculo de Abadesa, aquel báculo que sus tiernas manos llevaban con tanta gloria, y entrar como simple novicia en la Visitación.

Tuvo la primera idea de esto en 1619, y la confió al instante al santo Obispo de Ginebra, que sólo contestó con una sonrisa. Poco después le volvió á escribir, y

(1) *Cartas de la Madre Angélica á la Santa Madre de Chantal.* (Véanse en particular las de Septiembre y Noviembre de 1621.)

como tampoco respondía, insistió y multiplicó las cartas. San Francisco de Sales, disgustado con esta petición, eludió «cuanto pudo el responder.» En el fondo no quería; la encontraba dominante y demasiado imperiosa para su humilde Instituto (1).

No recibiendo por este lado más que respuestas evasivas, la Madre Angélica se dirigió á la Madre de Chantal, que la acogió con mucha deferencia. El entusiasmo que la Madre Angélica sentía por la Santa, lo tenía ésta, si me atrevo á decirlo así, por la joven Abadesa de Port-Royal. Le gustaba esta alma, grande como la suya, imperiosa, altiva como ella misma lo hubiera sido fácilmente, pero tan decidida á dominar su orgullo, y que no temiendo ningún sacrificio, aún muy joven y casi niña, había hecho ya tan grandes cosas por Dios. Acogió, pues, con gusto esta proposición de entrar en la Visitación, dió su consentimiento, y se encargó de apoyar la nueva petición que la Madre Angélica quería hacer á San Francisco de Sales.

«Mirad—le escribe, en efecto, el 11 de Noviembre de 1621—las cartas de esta querida hija de Port-Royal, cuyos deseos crecen con las contradicciones... Me dice que por no sé qué, de que no puede dar idea, conoce que Dios la quiere en la Visitación. Yo he tenido el mismo sentimiento. Pero por Dios, Padre mío, decidme francamente si éste es también el vuestro; porque con tal que nos habléis claramente, como que sois el único que tiene autoridad para hacerlo, habiéndose ella entregado enteramente á vuestra dirección, espero que todos los demás pensarán del mismo modo. Decidme solamente si pensáis es la voluntad de Dios que salga de allí, porque en cuanto á las dificultades, no hago

(1) No hablo al acaso, sino después de estudiar atenta y seriamente todos los documentos impresos y no impresos acerca de este asunto, cuyo voluminoso legajo existe en los archivos de la Visitación de Anecy.

caso de ellas. Dicen, y así me lo aseguraba ayer el Ilmo. Sr. Obispo de Nantes, que sus votos son nulos; con que no hay duda que, en buena conciencia, puede salir. No cabe, pues, sino saber qué será más útil á la gloria de Dios, si el que se quede allá contra todos sus sentimientos é impulsos interiores, unidos á la creencia firme que siente de la necesidad en que se halla del socorro de la obediencia (que es lo que encuentro más importante y de más consideración para ella), ó que venga aquí, donde parece podrá sacar más provecho para su alma. Yo no puedo menos de añadir, que pues Dios la hace apreciar tanto el espíritu de este Instituto, creo que será para sacar su gloria con ventaja de todo el Instituto; en fin, ha sido preciso que yo contenté mi corazón, diciéndoos también lo que pienso en este asunto; y os suplico, mi verdadero Padre, que lo más pronto que os sea posible sepamos lo que os parece de esto» (1).

San Francisco de Sales, que se había visto apurado con las vivas instancias de la Madre Angélica, se halló mucho más viendo á la Madre de Chantal interesarse por ella. Sea que no quisiese contrariarla con una negativa absoluta, sea más bien que la intervención de una persona tan importante, y cuyo juicio estimaba tanto, le hiciese titubear, lo cierto es que resolvió dejar este negocio á la decisión del Papa. Escribió, pues, inmediatamente al P. Binet, que había unido sus instancias á las de la Santa, una carta muy curiosa, en que pinta muy al vivo sus verdaderos sentimientos. «Reverendo Padre: después de daros mil gracias por el trabajo que os habéis tomado en escribirme, os diré en respuesta, que estando en París no quise nunca acceder al deseo que la señora Abadesa de Port-Royal me manifestó de retirarse de la Orden en que tan útilmente ha vi-

(1) Esta carta es de los primeros días de Noviembre de 1621.

vido hasta ahora, y verdaderamente no traje á este país pensamiento alguno acerca de este asunto; pero he recibido carta sobre carta de dicha señora en que se esfuerza por convencerme con mil buenas razones á que apruebe sus pensamientos y deseos. Eludí cuanto pude el satisfacerla, y me mostré, no solamente frío, sino aun contrario á sus aspiraciones, hasta que al cabo de dieciocho meses, una persona de importancia, la Madre de Chantal, me escribió de un modo tal que no creí conveniente hacerme juez supremo en este negocio... Escribí, pues, á la Madre Angélica, que puesto que no se tranquilizaba con nada de lo que yo le había dicho, hiciese se solicitara lo que deseaba, y que si Su Santidad accedía á ello, habría una gran probabilidad de que su deseo era, en efecto, indicio de la voluntad de Dios; que si, por el contrario, Su Santidad no lo aprobaba, no había que pensar más que en humillarse y doblegar su corazón» (1).

Salir de una Orden menos rígida para abrazar otra que lo es más, es cosa fácil, y á la que Roma se presta de buena gana; pero dejar una Orden más severa (que era el caso aquí) por otra de reglas más suaves, presenta muchas dificultades. La respuesta de la Santa Sede se hizo esperar. Durante este tiempo la Madre de Chantal salió de París, San Francisco de Sales murió, y para colmo de desgracia, en el momento en que perdía á sus dos guías, la Madre Angélica conocía al ilustrísimo Zamet, y por él, al Abate de San Ciryan. Hombre fatal, más orgulloso y de carácter más fuerte aún que la Madre Angélica, y á quien, por más que digan, faltaban todas las cualidades de un director, en lugar de moderar á la Madre Angélica, como lo había hecho San Francisco de Sales, la aguijoneó, añadió su vehemencia á la ya demasiado grande de su penitente, con-

(1) Carta del 11 de Noviembre de 1621.

fundió su espíritu con sus discusiones sobre la gracia, y arrojándola en la herejía, logró que llevase á ella la pasión de su alma, la exageración de su carácter, la terquedad de su sexo; y conservando en medio de estas ruinas algunos rayos de belleza moral, fué grande aun en medio de una herejía miserable y enfadosa, que no se había hecho para ella, viniendo á ser el tipo más completo de aquellas vírgenes, de quienes decía el Arzobispo de París que eran puras como ángeles y orgullosos como demonios. Muchos años fueron necesarios para efectuar esta transformación, cuyo relato no pertenece á nuestra historia, porque abrumada la Madre de Chantal con sus numerosas fundaciones, y arrastrada la Madre Angélica por otras influencias, ya no tuvieron entre sí ninguna relación, ó por lo menos fué de tan poca importancia, que no merece se fije en ella la historia, ni es bastante auténtica para ser aceptada por una seria crítica (1).

Concluiremos aquí la narración de las relaciones de la venerable Madre de Chantal con la Madre Angélica de Port Royal, y la finalizaremos proponiendo una cuestión que naturalmente ocurre. ¿Quién se engañaba de los dos, San Francisco de Sales, ó Santa Juana Francisca respecto á la Madre Angélica? ¿El que pensaba que no era propia para la Visitación, ó la que creía debía entrar en ella para provecho suyo y de todo el Instituto? Si la Madre Angélica hubiese, en efecto, tomado el hábito de la Visitación, ¿qué hubiera sucedido? Contendida por la Madre de Chantal, que la igualaba en firme-

(1) Los jansenistas han hecho grandes esfuerzos para demostrar que la Madre de Chantal había conservado las más íntimas relaciones con la Madre Angélica y el Abate de San Cyran, aun después de la prisión de éste en el castillo de Sincennes. Han publicado cartas y citado hechos que en el proceso de canonización de la Santa fueron objeto del más largo y minucioso examen. Habiendo tenido en las manos el legajo de este asunto, he creído deber dejar su estudio para el fin de este volumen en una nota especial.

za y energía, que le era superior en santidad y experiencia; doblugada por las dulces reglas de la Visitación; asociada á los trabajos de la Madre de Brechard y de la Madre de Favre, tan á propósito para comprenderla y ser comprendidas de ella; desarrollándose con toda la energía de que era capaz en sentido del bien, la Madre Angélica de Port-Royal hubiera tenido una edad madura más brillante que su juventud, y preservada de todo peligro por la obediencia y por la humildad, hubiera llegado á ser, como era capaz, una segunda Madre de Chantal. O bien, lo que era muy posible, aquellos deseos de obediencia, sinceros, por otra parte, ¿no podrían ser en el fondo, y sin conocerlo la misma Madre Angélica, una pasajera ilusión de su espíritu cansado, por entonces, de mandar? Una vez en el claustro esta alma altiva, ¿no hubiera vuelto á su natural? ¿No hubiera roto todos los frenos, sacudido todo yugo, y cansada de obedecer, no hubiera quizá entristecido la vejez de la Madre de Chantal, y deshonorado los principios de la Visitación con una rebelión manifiesta? Inquieta y curiosa, ¿no hubiera tropezado con el jansenismo, que anduvo tan largo tiempo y con tanta insistencia alrededor de los monasterios de la Visitación? ¿No le hubiera introducido en la Orden y hubiera cambiado así en plomo vil el oro purísimo del naciente Instituto? Este es el *secreto de Dios*. Pero ¿qué cuestión es esta de la vocación, tan obscura y terrible, puesto que guías tan experimentados como San Francisco de Sales y la Madre de Chantal, pueden algunas veces no estar acordes?



CAPÍTULO XXI

Nuevas fundaciones.—La Madre de Chantal sale de París para ir á Lyon, y en el camino funda el monasterio de Dijón.—Última entrevista de San Francisco de Sales y la Madre de Chantal.

1620 — 1622

Los monasterios de la Visitación principiaban á multiplicarse; y ora por las gracias de que colmaba á las fundadoras, ya por las pruebas y sufrimientos que enviaba á las Hermanas, manifestó Dios el amor con que miraba al Instituto naciente.

Había en Montferrand una señora joven, la Condesa de Dalet, emparentada con las familias más distinguidas de Auvernia. Acababa un día de comulgar y se había retirado á una capillita para dar gracias, cuando de repente quedó como arrebatada en éxtasis, y vió con admirable claridad la dicha de las almas que abrazan el estado de la vida religiosa. El éxtasis duró como una hora, al cabo de la cual se sintió toda abrasada de amor de Dios, disgustada de los placeres de la tierra, aspirando al retiro, al silencio, á la obediencia, á la pobreza, y tan mudada, que no se conocía á sí misma.

Nada la había preparado á este favor, porque aunque era cristiana, no sabía ni aun hacer oración. Nada tampoco pudo explicarla por qué ni para qué Dios la había favorecido con una visión tan clara de la feli-